

GENERACIÓN

ALADA

Ana Pomares

La presente edición ha sido revisada atendiendo a las normas vigentes de nuestra lengua, recogidas en la *Ortografía de la lengua española* (2010), *Diccionario Panhispánico de Dudas* (2005) y *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española* (2001). Estas dos últimas están en proceso de adaptación a la *Nueva gramática de la lengua española* (2009) y a las normas de la nueva edición de la *Ortografía de la lengua española* (2010).

Generación alada

© Ana Pomares

Diseño de portada e ilustración: Noelia Rodríguez

ISBN: 978-84-15941-62-0

Depósito legal: A 176-2014

Edita: Editorial Club Universitario Telf.: 96 567 61 33

C/ Decano, n.º 4 – 03690 San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

e-mail: ecu@ecu.fm

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Gamma Telf.: 96 567 19 87

C/ Cottolengo, n.º 25 – 03690 San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

NOTA AL LECTOR

El libro que vas a comenzar a leer va más allá del papel, entrelazando música, literatura y nuevas tecnologías. En él encontrarás diversos códigos QR como este:



Para descifrar el código solo tienes que colocar tu móvil encima, teniendo abierta la aplicación que funciona como lector de QR. De esta manera, podrás ampliar tu lectura y descubrir buena música. ¡Que lo disfrutes!

1.

Una moda descontrolada recorría la ciudad desde los más pequeños hasta los adultos más inconscientes. La sociedad había desembocado en la creación de mentes vacías, desconocidas de sí mismas, sin metas ni ilusiones. Todo había sido creado para una generación de personas que, por llevar alas, se creían libres. Haciéndoles creer que eran alguien entre tantos, no se percataban de que estaban condenados al individualismo más extremo. Se hacían llamar la Generación Alada.

Hacía meses que diversos medios televisivos habían comenzado a introducir alas de colores en los atuendos de los presentadores y tertulianos. Dependiendo del programa y el canal, los personajes aparecían con un color u otro, posicionando así a todos los telespectadores. A partir de ese momento, las alas de la libertad eran parte del nuevo hacer social, del nuevo rumbo ciudadano y de la nueva política. Los jóvenes, viéndose representados por esa libertad, aunque sin pararse a pensar en ello, imitaron la moda de colocarse aquellas alas que les permitirían volar. Con el paso del tiempo cada alado iría mejorando poco a poco el color de sus alas y la decoración de las mismas, hasta llegar casi a una competición por ver quién llevaba las alas más llamativas. No obstante, todo eran minucias y su ambición mal enfocada decidió ir a más innovando en la moda creada para ellos mismos. De esta manera, los jóvenes comenzaron a no

hablar, pues llegaron a la conclusión de que únicamente con mensajes de móvil les sobraba para comunicarse. Sin que nadie se diera cuenta, una gran mayoría de los jóvenes había enmudecido. La Generación Alada se había quedado sin voz.

La nueva generación de jóvenes vivía en una pequeña ciudad de la que no había salido nunca y estaban orgullosos de ello. Cada día, al despertar, se aislaban con la música en sus oídos, se colocaban los zapatos de punta, las alas a juego con la camiseta y, tras pintarse los ojos del mismo color, dejaban caer sobre el ojo derecho el flequillo que prácticamente les impedía ver. Creyendo ser originales, algunos grupos de amigos acordaban ir cada día de un color. Sin embargo, su ego hacía que no pudiesen ver que todos los jóvenes caminaban con unas alas en la espalda. En una ciudad que había asumido la nulidad de sus mentes, en la que ni los mismos involucrados tenían ningún interés por ella, no hablar o no ver no suponía ningún problema para nadie.

La nueva generación no sabía lo que era el amor porque todos ellos eran incapaces de querer a alguien durante algo más de dos días. No conocían la amistad, solo se juntaban en grupos para reírse de todo aquel que fuera distinto a ellos. Por descontado, no sabían qué significaba realmente la felicidad. Creían ser felices mientras estaban sometidos a una rutina que les impedía soñar. Creían que eso era la vida y, de hecho, estaban convencidos de ello. Sus ídolos estaban en la televisión, en programas de máxima audiencia consistentes en un grupo de personas que se gritaban sin sentido, mientras sacaban a la luz datos que a nadie, en su sano juicio, le interesaría saber.

En esos momentos, miles de jóvenes enmudecidos, ciegos y arrastrados por la corriente de la moda alada llenaban las calles de colores vivos y mentes muertas. Ninguno se interesaba por

estudiar ni por trabajar y mucho menos por encontrarle el sentido a nada de lo que hacían. Puede que ese sinsentido les hubiese conducido hasta allí, pues su bandera generacional era el absurdo de sus vidas, de sus ideas anuladas y de su alienación desmesurada. Sus metas habían sido aniquiladas antes de nacer, por lo que lo único que perseguían era vivir de sus padres hasta que pudieran vivir de sus hijos. Su fin: hacerse notar allá donde estuvieran.



2.

Jaime observaba las pequeñísimas motas de polvo que flotaban por la habitación. Estas, al pasar frente a la ventana abierta, eran iluminadas por el sol y absorbidas hacia el exterior por una fuerza invisible que bien podía ser el aire frío, contrastado con el ambiente cálido que se respiraba allí dentro. Jaime vio cómo algunas de esas motas se quedaban paradas, como si quisiesen evitar el destino predeterminado para todas ellas. Parecía que intentarían luchar y el joven, sin dejar de observar la escena, pensó: “Así somos las personas, milimétricas motas de polvo absorbidas por el mundo. Aunque siempre hay quien está dispuesto a detenerse y luchar”.

A pesar de la fiebre que sufría la ciudad, Jaime, con sus dieciocho años, se había mostrado distante a todo aquello. Había preferido mantenerse al margen antes que participar en una batalla que, ya desde el principio, estaba perdida. Quería ser él mismo, ser realmente alguien con criterio y no dejarse vencer por unas alas de colores. Lo único que podía hacer para no caer en la colectiva dejadez intelectual era basarse en el estudio y lectura de todo lo que le agradaba. Escuchaba música que le hacía admirar a quienes la habían compuesto, y leía cada uno de los libros que caían en sus manos para poder conocer y analizar cada rincón de su vida y de su realidad. Se sentía como una de esas motas de polvo que vagaban por su habitación y se dete-

nían ante el inmovilismo de la juventud. No estaba dispuesto a dejar que le silenciasen y mucho menos a dejar de pensar, aunque eso hubiese sido el camino más fácil para todos.

Jaime era el polo opuesto a ese mundo y tenía miedo a salir. Por eso, en el momento en que el sol había caído por completo, él regresaba a casa, porque era entonces cuando los demás salían y la calle se coloreaba bajo la oscuridad. Jaime tenía claro que si aquello era la corriente, él no quería seguirla.

Hasta el momento no había encontrado a casi nadie que no estuviera contagiado por el universo alado, de hecho, cada vez se sentía más solo, más vulnerable en una sociedad que no le correspondía, aunque en el fondo se resistía a pensar que todo se hundía sin que nadie lo impidiese.

El malestar de Jaime comenzó con el primer brote de psicosis colectiva. Los que se hacían llamar sus amigos se volcaron en cuerpo y alma a la nueva moda y, por lo tanto, la comunicación entre ellos nunca más volvió a funcionar. Era un cable partido por la mitad, sin posibilidad de unión, en el que los alados formaban una parte y Jaime estaba solo en la otra. La comunicación la dificultaba, además, el hecho de que cada uno, a través de breves mensajes de móvil, transmitía todo cuanto quería. Las palabras para los alados habían dejado de rendir tributo a su nombre y habían comenzado a acercarse a algo escrito por un niño pequeño que ni siquiera conoce las letras. Jaime, por su parte, siempre rechazó el mal uso que los jóvenes les daban a las nuevas tecnologías porque confiaba en estas y en todo lo que suponían. Por todo ello, conforme había pasado el tiempo, Jaime se había desentendido de todo lo que tuviese que ver con sus contemporáneos.

Hacía tiempo que pensaba que no había nadie en toda la ciudad que lo comprendiera ni encontraría a nadie a quien

comprender. Sin embargo, un día, tras muchos de resistencia individual, su esperanza se situó frente a él en forma de chica con alas rosas, mientras leía en la biblioteca uno de los múltiples escritos que nadie había tocado nunca.

La joven alada se sentó a su lado con la cabeza agachada, intentando que su largo flequillo la protegiera de los ojos curiosos de aquel muchacho. Ella dejó un libro encima de la mesa y sin hablar se levantó y salió corriendo. Jaime abrió el libro. Dentro había una nota en color rosa en la que se podía leer: “Ayúdame”. Jaime se levantó apresurado, dejando sus cosas sin recoger en la mesa, para intentar buscarla. Pero al salir, la calle estaba llena de gente, llena de alas y llena de colores, por lo que él no supo diferenciar quién de todos podía haber sido. Cuando entró, escribió por detrás de la nota “Dime quién eres” y la metió de nuevo en el libro entregándoselo a la bibliotecaria que, aburrida y con un punto de irritación, miraba la pantalla del ordenador que se negaba a encender. Si existía un trabajo innecesario y con el menor número de candidatos, por aquel entonces, era ese.

—¡Un momento, joven! —dijo la mujer—. El libro no es de esta biblioteca.

Jaime le pidió disculpas y lo cogió de nuevo. Si la chica alada lo hubiese sacado de allí, habría dejado sus datos. Jaime intentó recordar si había visto algún rasgo de su cara, alguna mueca o un simple lunar, alguna característica que le permitiera imaginarla. Pero su mente la mostraba ahora como un dibujo difuso e incierto, como una foto velada.

Al cabo de unos días la esperanza volvió a él. La vio entrar con sus vistosas alas y se sentó a su lado como hiciera la primera vez. Jaime la miró y esta giró la cara haciendo que de nuevo le fuera imposible verla, mientras dijo: “Hola”.

—Has hablado —dijo él sorprendido—. ¿Cómo te llamas?

—¿Y tú? —preguntó ella evitando mostrarle cualquier identificación.

—Jaime —contestó él, que no comprendía demasiado bien aquella reacción.

En ese momento, la mariposa evitó que preguntara cualquier otra cosa acerca de ella y desvió el tema continuando con la afirmación inicial de Jaime. Ya sabía su nombre y no veía la necesidad de decir el suyo.

—Por un momento creí que mi voz no volvería nunca más.

—¿Qué quieres? —preguntó Jaime.

—No lo sé, imagino que ser alguien, dejar de participar del agujero negro que estamos creando en la sociedad.

—¿Y por qué me pides ayuda a mí?

—Porque eres el único que parece pensar en este mundo de locos.

—Es porque yo he visto cosas que vosotros no creeríais...

—dijo Jaime recordando una película fascinante que había visto hacía poco tiempo, mientras intentaba no reírse—. Anda, de verdad, ¿qué quieres?

—Que me ayudes a cambiar, lo necesito... —dijo ella, que no había entendido lo anterior, pero tampoco quería preguntar.

Él dudó que aquello fuera una broma, no veía por qué tenía que recurrir a él, si no lo conocía de nada, no podía saber si le podía o le quería ayudar. Pero se dio cuenta de que ya tenía un dato de ella: la mariposa era algo impulsiva.

—¿Puedo verte la cara? —preguntó él, que seguía sintiendo curiosidad por saber cómo era.

—No.

—¿Por qué?

Ella no contestó. Sus manos estaban temblorosas y Jaime se dio cuenta de que la incomodaba cada vez que una palabra

salía de su boca. Ya tenía otro dato: era contradictoria y eso estaba bien. Jaime le cogió la cara para volverla hacia él, pero ella le dio un manotazo y sin más se marchó. “Qué rara”, pensó. Aunque lo cierto es que aquella chica había despertado su interés después de mucho tiempo, y pensó que tal vez no estaba todo perdido. Quizás era posible un cambio, quizá sí había esperanza. Al fin y al cabo, una mariposa impulsiva, contradictoria y con genio se había acercado a él.

Las semanas siguientes, Jaime volvió a la biblioteca y se sentó en el mismo lugar de siempre, aunque no habría hecho falta porque en todo momento se encontraba solo, rodeado de grandes estanterías y pequeñas mesas vacías. Y allí siempre volvía la mariposa que, sentándose de espaldas a él para que no volviera a intentar verla, conversaba con Jaime durante largas horas, cada uno mirando hacia un lado.

—Siempre paso por la puerta y te veo aquí dentro —dijo la mariposa—. Eres un chico inteligente, se te nota incluso cuando andas. Eres tan distinto...

—Ellos no quieren aprender nada, están vacíos y desean seguir estándolo —contestó Jaime.

—Lo sé... y me desespera que sea así. Tú puedes cambiar esto, estoy segura de que eres valiente.

—¿Valiente por qué? —se extrañó él.

—Porque no te dejas arrastrar por todo esto. Eres algo así como un... rebelde —dijo la mariposa riendo—. ¿Cómo ves la sociedad?

—¿Cómo voy a verla? Si no hay, no existe. Somos marionetas de alguien que piensa por todos nosotros y nos maneja como quiere. Nos han roto todos los ideales, los sueños... Esta gente no cree en nada y si crees en algo, debes desaparecer.

—Sí que creen. Creen en la libertad, piensan que son libres.

—¿Tú también lo crees?

—No. Creo que estamos bien atados, como los prisioneros de... ese mito..., el de la caverna de Platón, que creen real aquello que no lo es.

Jaime se sorprendió ante esa reflexión y pensó que aquella chica no tenía nada de simple y mucho menos de ignorante. Y eso demostraba una vez más que su mariposa no era como todos los alados. Lo supo desde el primer momento en que se sentó a su lado y, mientras hablaban, se reafirmaba su observación. Jaime reflexionó unos instantes y finalmente dijo:

—¿Quieres ser libre?

—Sí —dijo tímidamente la mariposa con el susurro que la caracterizaba.

—Pues quítate las alas.

Ella se mordió el labio, primero sorprendida, luego pensativa. Sabía que, si lo hacía, sus amigas desaparecerían y estaría sola. Tenía miedo, estaba insegura y necesitaba el apoyo de alguien, alguien que creyera en ella y le ofreciera esa libertad que no existía. Y ese alguien solo podía ser Jaime. Desde el primer momento en que se cruzó con él, lo supo. Solo él podría hacerle ver todo lo que ella misma se había escondido a lo largo de sus diecisiete años.

Jaime, por su parte, intentó imaginar cómo era aquella chica, aunque era consciente de que solo estaba idealizándola. Por su actitud, debía ser alguien diferente a todo lo que había visto, con miedo a mostrarse como era, con un interior inquieto e indeciso. “Si su personalidad y su rostro se corresponden, debe ser un ángel... o una alucinación”, pensaba Jaime. Le gustaba hablar con ella porque sentía que, después de tanto tiempo, alguien lo escuchaba. Y a ella le agradaba estar con él porque se

mantenía al margen de todos aquellos que habían perdido sus ideas por completo.

La biblioteca se convirtió, así, en su punto de encuentro durante meses. Allí estaban seguros porque ningún alado entraría, seguramente ni siquiera sabrían que dentro de ese edificio había libros y cultura. Jaime no entendía por qué ella no se dejaba ver. La joven sentía que si él no la veía, tampoco adivinaría sus pensamientos. Lo que tenía, en el fondo, era miedo a su propia libertad.

Cada vez le resultaba más difícil esconder a sus amigas a dónde iba cuando la perdían de vista. Siempre le sirvió cualquier excusa, pero las aladas ya no se fiaban, sabían que algo le estaba pasando. En una ocasión la oyeron gritar cuando una de ellas, a propósito, la pisó. Emitir un sonido era la única prueba que necesitaban para saber que se les estaba escapando. A ellas, como a la gran mayoría, ya se les habían quedado las cuerdas vocales prácticamente atrofiadas, sus gargantas estaban tan secas que, en muchas ocasiones, sentían que pequeñas agujas se les clavaban y tenían que carraspear dolorosamente, aunque no pudieran expresarlo. Pero aquella chica se estaba comunicando con alguien externo a ellas. Solo les quedaba averiguar quién era y por qué arrastraba a su amiga fuera de su círculo.

3.

Desde que había decidido ser libre apenas dormía. Las pesadillas encadenadas se unían a su desencanto con la realidad y cada vez que cerraba los ojos, miles de alados se abalanzaban sobre ella. Así pasaba las noches, entre gritos de ansiedad.

Belinda no había conocido a Jaime por casualidad. Hacía ya más un de año que lo había escuchado hablar acerca de derechos y sueños y, desde entonces, siempre de manera inconsciente, no pudo dejar de perseguirlo. A donde fuera, allí estaba ella, camuflada en un enjambre o, más bien, en un rebaño de mariposas de colores. Por eso él nunca la vio, ni siquiera se planteó que existiera la posibilidad de que, entre todos los alados, uno de ellos se fijase en él.

Sin embargo, de ese tiempo a esta parte su realidad se había dado la vuelta por completo. Rechazada por un entorno que no permitía ninguna disidencia, se enfrentaba cada día a ser señalada y acusada por no llevar aquellas alas que suponían un símbolo más de esclavitud. La joven quería pensar que nunca había pertenecido a la Generación Alada, pero sabía que había estado a un paso de no poder escapar. Por eso, llena de rabia por haber desperdiciado sus días buscando ideas donde no había mentes, quemó sus alas entre lágrimas que no hicieron más que avivar el fuego. Fuego que representaba ese paso necesario que la sacaría por fin de los suburbios y, desde la primera

chispa, la acompañaría siempre. Belinda sentía la necesidad de vivir, de saber qué significaba cada uno de los sentimientos que nunca había podido tener, aunque, en el fondo, siempre se había sentido extraña porque ella sí sentía lástima y dolor. Belinda sentía amor y, sobre todo, se sentía desgraciada. Quería poder razonar y decidir por ella misma, sin que unas pautas de comportamiento impuestas le impidieran hacerlo. Era lo único que quería: volar, pero esta vez sin alas.

Esa tarde también fue a la biblioteca. Procurando que su presencia no se notara, se sentó de espaldas a Jaime diciendo “Hola”. Ella no pudo verlo, pero él sonrió de felicidad mientras su corazón latía más deprisa de lo habitual, como si un sentimiento más fuerte de lo que nadie en su momento pudiera imaginar se hubiese apoderado de él.

—Hola, mi mariposa. ¿Qué tal?

—Ya no soy una mariposa —informó ella contenta.

—¿Estás segura? —dijo él sin poder creer lo que oía.

—He quemado mis alas.

—Eso no significa nada. Si tu comportamiento sigue siendo el mismo...

—Lo sé, pero no creo que mi comportamiento haya sido siempre el mismo. Al menos ahora me siento un poco más liberada, al menos ya sé lo que es sentirse así.

—Me alegro... Por cierto, ¿cuándo me dejarás verte?

—Cómo te gusta insistir... —dijo ella algo molesta.

—No me rindo fácilmente. No contigo.

—Tengo una idea.

Belinda se levantó y, quitándose la bufanda que le protegía el cuello, le tapó los ojos con ella.

—¿Qué haces? —se sorprendió Jaime.

—Confía en mí.

La chica se sentó a su lado y, sabiendo que ni un rayo de luz entraba por sus pupilas, le cogió la mano y la puso en su cara.

—Imagínate —dijo ella.

—Vaya, eres muy suave.

Belinda cerró los ojos sonriendo. Él se retiró la bufanda y la miró de frente. Sorprendido, suspiró y dijo:

—Es increíble. Tu sensibilidad está acorde con tu belleza.

Ella abrió los ojos. No sabía qué decir. Sintió que su mirada le invadía el terreno y mil sentimientos se apoderaron de ella. Tenía miedo de expresarse tal cual era, de mostrarse sin vergüenza ante él. Belinda no sabía cómo reaccionar.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él.

—Solo quería tu ayuda, no debías verme —dijo Belinda levantándose para marcharse.

Sin embargo, Jaime, que estaba cansado de tanto juego inútil, la cogió del brazo para que no escapara y prosiguió:

—¿No tengo derecho a saber cómo eres?

—Ya sabes cómo soy, ¡llevamos meses hablando!

—Solo quería estar seguro...

—¿Seguro de qué?

—De que eres tan preciosa como me había imaginado —concluyó Jaime, que comenzaba a sentirse avergonzado de las palabras tan sinceras que se escapaban de sus labios, sin que él pudiera decidir articularlas o no.

Belinda, al escucharlo, calmó su histeria cayendo de bruces y a cámara lenta sobre una tranquilidad cómoda en la que, por un momento, se encontró segura. Jaime colocó la mano suavemente sobre su cuello acercándola hacia él. Sus labios se juntaron por un segundo que podía haber sido el principio de toda una eternidad. Pero Belinda, aunque no tuviera alas, huyó como la mariposa que era, llevándose el segundo perfecto, el